

## PSICOANÁLISIS: CAMBIOS Y PERMANENCIAS A modo de introducción<sup>1</sup>

Hugo Lerner

*Por último, sostenemos la necesidad de ser indisciplinado frente a las disciplinas. Toda relación con una teoría es pasional, podemos someternos a ella, refugiarnos en ella, o hacerla trabajar, desafiarla.*

*Creemos que hoy sólo se puede desarrollar la ciencia (con minúscula) con una actitud irreverente ante la Ciencia (con mayúscula). La irreverencia no es el rechazo o la negación, es simplemente el no reverenciar.*

(Alicia Stolkiner, 1987)

Algunos colegas me han preguntado cuándo y por qué se me ocurrió la idea de publicar una compilación de estas características. No puedo dejar de relacionar ambas respuestas con mi preocupación, que ya tiene una larga historia, por pensar y repensar el psicoanálisis que practicamos en la actualidad. Éste fue variando y adaptándose a los cambios contextuales (sociales y económicos) que fuimos atravesando y también, en algunos casos

—en los psicoanalistas abiertos a lo nuevo—, a los cambios teóricos que se produjeron dentro de nuestro cuerpo de doctrina y en aquellas otras disciplinas que incorporamos a nuestro territorio. En nuestro país (especialmente en los últimos años), el psicoanálisis lucha por seguir ocupando un lugar en el escenario social, lugar en el que antes estaba cómodamente instalado. Para eso debe interactuar, entramarse con la realidad que transitamos y muchas veces padecemos.

Ante esta suerte de lucha, algunos colegas van ganando, soportan estoicamente los embates y la enfrentan con más bríos y creatividad. Este psicoanálisis es el que se va entramando con el contexto. Otros, más nostálgicos, adheridos a la idea de un psicoanálisis puro, perdieron el paso, se alejaron de la realidad que nos circunda y nos

---

<sup>1</sup> Del Libro: “*Psicoanálisis: cambios y permanencias*”, Hugo Lerner (compilador). Libros del Zorzal, Buenos Aires. 2003

determina, y por lo tanto esa misma realidad los fue ubicando en un lugar de prescindencia. Esta prescindencia también es resultado de la falta de respuesta a la demanda de los pacientes actuales.

Esto último marca asimismo una diferencia en dos modos de entender el psicoanálisis, ya que estos pacientes se ubican en el centro de la exigencia de trabajo que nos imponen para que sepamos utilizar materiales actuales, miradas actuales, en definitiva teorías *aggiornadas* para comprender los padecimientos por los que nos consultan. Una vez más vemos que, parafraseando a Wallerstein (1998), no hay un solo psicoanálisis sino muchos.

¿Por qué el título: *Psicoanálisis: cambios y permanencias*? Si empezamos prolijamente consultando el diccionario, nos dirá acerca de cambio: “acción y resultado de cambiar”, “mudanza, modificación”, “sustitución”, “intercambio”, etc. Y con relación a permanencia: “duración firme, perseverancia, estabilidad, inmutabilidad” (*Espasa Calpe*, 2001)

Y el psicoanálisis es, o debería ser, una combinatoria constante entre los conceptos permanentes, invariantes, estables –hasta que no se produzca una ruptura epistemológica– que definen y delimitan nuestra disciplina, y aquellos otros que, con ánimo de bienvenida, debemos dejar que se entrometan en nuestros territorios, a veces demasiados custodiados, y nos hagan mudar; y cuando así suceda, sustituir el saber conocido por otro, sin padecer el arribo del acontecimiento por el duelo que deja a veces su llegada. El psicoanálisis se ocupa entre otras cosas del pensar, y como le he escuchado decir a Najmanovich (2003), “pensar es cambiar de ideas”.

Este libro pretende mostrar cómo un grupo de psicoanalistas permanece fiel a conceptos que funcionan como vértebras del psicoanálisis, pero no dudan en pensar, y por lo tanto, siguiendo la metáfora anterior, en cambiar, si algún autor o algún hecho clínico les plantea el reto de iniciar una historia siempre nueva y viva. Nuestra identidad profesional se va construyendo e integrando a nuestro yo. Como dice Aulagnier (1984), el yo es el que redacta el “compromiso identificatorio”, y si algunas de sus cláusulas deben permanecer inalteradas, otras tendrán que modificarse para que se garantice “el devenir de esa instancia”. “Podría parafrasear a Freud –nos dirá Aulagnier– y añadir que el principio de permanencia y el principio de cambio son los dos principios que rigen el funcionamiento identificatorio”. Idealmente, nuestra identidad profesional debería seguir esta modalidad de funcionamiento; lo contrario acarrea el peligro de convertirnos

en eruditos a veces, exégetas otras, custodios de tesoros antiguos. Una manera que nos preservaría de convertirnos en caracterópatas profesionales sería seguir por un lado a Aulagnier, con su propuesta de apertura al cambio, y por el otro a Winnicott, con su concepto de juego y creatividad. Me parece que ambos autores plantean una fuerte oposición a las cláusulas de cierre que impiden la emergencia de lo nuevo, el cambio, en última instancia lo que hace que un proceso, una identidad, se mueva y viva.

Este libro apunta a mostrar que los psicoanalistas aceptamos el reto de seguir navegando con tenacidad como tripulantes de un barco que muchas veces se lo siente al borde del naufragio pero sigue flotando con rumbo seguro. Convoqué a los autores para que escribieran sobre cómo piensan la práctica hoy, sobre el tema teórico o clínico que más los atraviesa y provee de interrogantes.

La elección de los colegas que me acompañan en esta aventura que siempre es publicar ideas surgió después de muchos diálogos, discusiones, lecturas de trabajos que me hicieron pensar que, aunque tengamos diferentes posturas teóricas, compartimos un proyecto psicoanalítico similar. Un proyecto que incluye la indagación constante como método, el no sometimiento a las teorías de turno, el posicionarse con apasionamiento ante nuestra disciplina, y principalmente el interés por la clínica y por nuestros pacientes.

Me interesa y me apasiona un psicoanálisis abierto que trate de responder a las mudanzas que los contextos cambiantes le demandan. No me interesa el psicoanálisis que convierte a muchos colegas en exégetas de alguna teoría. Debemos atrevernos a navegar por los múltiples cauces que el psicoanálisis tiene abiertos hoy día, y que la obra del autor preferido sólo sea un río más dentro de este delta. Así, será con toda seguridad más fructífero el psicoanálisis que cada uno construya y lleve a su práctica. Balint (1968) hablaba de la “teoría maleta”, aludiendo a que en ella uno sólo encuentra lo que ha puesto. Hoy en día, para emprender un viaje por la práctica psicoanalítica debemos poner muchas cosas en nuestra maleta, pues nunca sabremos con qué clima nos encontraremos.

Yo me siento alineado con el movimiento psicoanalítico que piensa a nuestra disciplina con un gran potencial y con múltiples líneas que debemos desarrollar. Lejos estoy, siguiendo con la metáfora del naufragio, de ubicarme en una balsa salvavidas con el solo deseo de flotar y llegar a tierra firme. Pienso que el psicoanálisis sigue navegando con fuerza aun en medio de ciclones y tormentas, y prefiero seguir

entremezclado en aguas turbulentas que andar a la deriva en aguas conocidas y mansas. Cuanto más se complica la práctica del psicoanálisis, más nos exige que seamos creativos e inconformistas con lo dado y establecido.

El psicoanálisis no está muerto, como muchos agoreros afirman; para mí goza de buena salud en tanto sigue produciendo discusiones, explicaciones, ayuda en los pacientes que nos convocan. El psicoanálisis está muerto para aquellos colegas que suponen un psicoanálisis congelado, no dinámico, alejado del contexto de su práctica y que no contempla los cambios que la contemporaneidad, con todo el peso social que presupone, provoca en la producción de la subjetividad.<sup>2</sup>

En nuestra época debemos comprometernos a pensar nuestra disciplina de una manera que rompa con las categorizaciones establecidas y con los sentidos y significados congelados; así cultivaremos un psicoanálisis vivo y siempre actual.

Dentro de ese compromiso incluyo de una manera central el reformularnos y repreguntar todo lo relacionado con nuestra práctica tal como hoy la desarrollamos. Hablemos, interroguemos, cuestionemos lo que hacemos en nuestros consultorios.

Tengo la esperanza de que cada vez podamos sincerar con más frecuencia nuestra práctica real. Que evitemos en lo posible el estigma dissociativo entre lo que hacemos y lo que decimos que hacemos. Que podamos hablar de nuestras intervenciones creativas y espontáneas en la clínica más que de nuestra erudición y nuestras imposiciones. El psicoanálisis que valoro es el que se esfuerza por transitar con fuerza por la clínica para luego teorizar y volver a ella. Debemos ser recursivos, mover al psicoanálisis, no dejarlo quieto, pensarlo y repensarlo. Continuar cada día la labor de una elucidación sin término. Esta actitud lúdica y creativa es la que sostendrá frente a los agoreros la vigencia y la vitalidad de nuestra disciplina. Debemos insistir en nuestros *gestos espontáneos* (Winnicott, 1971) y en nuestra creatividad práctica y así alejarnos del peligro de ser repetidores en vez de creadores. Debemos insistir en poder hablar de lo no hablado, o parafraseando a Bollas (1987), en hablar de lo sabido y no pensado, e intentar que entre los colegas podamos jugar entre todos (en el más fiel sentido winnicottiano).

El psicoanálisis está en una encrucijada; se le formulan demandas desde distintas

---

<sup>2</sup> Najmanovich (2001) se manifiesta de manera más tajante en relación con esto: "...si somos consecuentes, implica la necesidad de dejar atrás el *sujeto* y comenzar a pensar en términos de producción de subjetividad en una dinámica vincular, ya que no

perspectivas y lugares. Tomemos, por ejemplo, la demanda sobre sus fronteras de aplicación, que atraviesa su práctica desde hace ya tantos años. Cuando Freud creó el psicoanálisis, lo consideró aplicable solamente a las neurosis. Es innegable que ahora estamos más solicitados por los cuadros fronterizos, los trastornos narcisistas, los pacientes del vacío. Hoy el sujeto está frágil, débil. Con todo esto nos toca lidiar en la actualidad. Esta demanda, proveniente de patologías que antes no eran abordables- por las limitaciones teóricas de entonces- o no existían, operó para que las teorías se expandieran, y la aplicación de las mismas siguió sus pasos. Nuestra práctica y nuestra técnica fueron variando, no se mantuvieron iguales a través del tiempo. Las fronteras del psicoanálisis se fueron ampliando, por ejemplo muchos colegas se encuentran dedicados desde hace años a extender y aplicar los conceptos psicoanalíticos a todos los campos de la práctica en que se desarrolla nuestro trabajo, como el psicoanálisis de pareja y familias.

El psicoanálisis siempre quiso, de una manera u otra, cobijarse bajo el paraguas de las “ciencias duras”, importar sus modelos. Hoy algunos pensadores van dejando atrás esa carga “positivista” y se va afirmando con fuerza una mirada que contempla más la complejidad. Se ve con buenos ojos la novedad, el acontecimiento, el azar, la incertidumbre.

En “Los usos del olvido”, Yerushalmi (1998) nos coloca en la encrucijada de memoria u olvido. Nos dice al respecto que un mnemonista –algo así como Funes el memorioso, el personaje de Borges– no puede leer, porque apenas lee, otras palabras e imágenes que le vienen del pasado sofocan las palabras del texto nuevo. Interesante esto de tener que olvidar para que se genere un espacio para lo nuevo. En otra parte dirá: “En realidad, esta historia no es ni una memoria colectiva ni un recuerdo en su sentido primario. Es una aventura radicalmente nueva”. ¿No es esto es aplicable a cualquier disciplina que trate sobre el sujeto? Cada proceso psicoanalítico, ¿no debería ser una *aventura radicalmente nueva*, y no sólo una espera de repeticiones que se encuentran ya descritas? En todo caso, la memoria de lo aprendido –y sostengo que “cuanto más sea lo aprendido, mejor”– nos servirá, si no somos dogmáticos ni repetidores, para descubrir lo nuevo.

El peligro del dogmático radica en que tiene la dinámica y la estructuración de

---

nacemos *sujetos*: llegamos a serlo a partir de juegos sociales específicos”.

las prácticas religiosas, con sus rituales, guiños y contraseñas de secta, como dirían Castoriadis (1993) y Steiner (1974). Un practicante dogmático no interroga: siente terror por la pregunta, se apoya en un sistema de creencias, busca confirmar lo “ya sabido”. Lo nuevo, lo que supone interrogaciones y tierras por descubrir, le produce miedo y se refugia dentro de sus fronteras. Éste es un modelo opuesto al que debería seguir un psicoanalista. Ser psicoanalista es ser un poco aventurero; debemos largarnos a navegar aun sabiendo que tendremos que sortear tempestades y huracanes, y estos fenómenos muchas veces no tienen descripción en los libros. Nuestra tarea será, después de atravesarlos, ponerles la letra.

Debemos cuestionar, aunque incomode, nuestro modelo. Muchas veces sentimos que si cuestionamos nuestro modelo psicoanalítico tambalea nuestro modelo de vida. Freud fue un gran maestro en cuanto a cómo se debe arremeter contra lo aceptado. Él fue capaz de cuestionar la noción de sujeto imperante en su época, las categorizaciones de la ciencia que hasta ese momento resultaban útiles para comprender al sujeto humano. Hoy la demanda compleja de la contemporaneidad nos pone en la situación de ser nosotros los cuestionadores.

Por eso el objetivo de este libro apunta a que dialoguemos sobre nuestro psicoanálisis, el actual, el que practicamos y no el que añoramos o decimos que practicamos. Hablemos de aquellas problemáticas que hoy se presentan en nuestra consulta y cómo las enfrentamos, qué técnica usamos, qué modelo de sujeto tenemos para comprender al paciente de hoy.

Como bien afirma Hornstein (2003), uno de los autores de este libro:

“A lo largo de los años y años de consultorio quise para mí un psicoanálisis contemporáneo [...] Por momentos prediqué. Un psicoanálisis contemporáneo no podía tener una única autoría. No sin ingenuidad, invité a mis colegas a sincerar su práctica, evitando esa disociación por la cual hacemos una cosa y decimos otra. Por supuesto, respeto y disfruto que digamos distinto porque hacemos distinto.

Por momentos denuncié. No pude callarme cuando veía a mis colegas, sobre todo los más jóvenes, yendo “*al Polo con ropas de verano*”,<sup>3</sup> ropas a veces elegantes pero siempre inapropiadas. Dije que la Argentina era distinta, y que la práctica es

---

<sup>3</sup> “Cuando lanza a los jóvenes en medio de la vida con una orientación psicológica tan incorrecta, la educación se comporta como si se dotara a los miembros de una expedición al polo de ropas de verano y

distinta en la Argentina. Dije que cada coyuntura sociocultural exigía otros compromisos psicoanalíticos”.

El psicoanálisis siempre es actual. Lo fue el que se practicaba en la época de su descubrimiento, también el que se practicó en los diferentes países y períodos; así es que ni el psicoanálisis, ni tantas otras disciplinas que tratan acerca del sujeto, funcionan separados de las acciones del hombre en una cultura y tiempo determinados (Najmanovich, 2002). Por lo tanto, no me parece disparatado que hablemos de un psicoanálisis actual, por lo menos el que practicamos por estas latitudes rioplatenses.

Si consideramos al psicoanálisis interdependiente de la cultura y el medio en que se lo practica, era inevitable que nuestro país y sus vicisitudes impactaran fuertemente y hasta con violencia en el ejercicio de su práctica.

Creo que debemos aceptar sin ruborizarnos que en una época el psicoanálisis funcionó como un objeto de consumo. En muchos casos la demanda pasaba por el hecho de que “había que analizarse”; psicoanalizarse era pertenecer, se debía consumir para estar. No debemos renegar de esa situación, seguramente el contexto presionaba para que así fuese.

Hoy las personas que solicitan tratamiento psicoanalítico están más cerca de la desesperación, el vacío, la angustia, la depresión. Hoy, claramente, la demanda pasa más por la necesidad de ayuda. Nadie (excepto tal vez en algunos sectores sociales) visita a un psicoanalista para ver cómo “anda su vida”.

Hoy el psicoanálisis está claramente entramado con la patología actual, y, como todos los sujetos, con el contexto social. Hace muchos años, el psicoanalista atendía en general a pacientes con cuadros neuróticos y otros que entraban en la categoría de los colegas o, como diría Puget (1991), los “cuasi- colegas”. Hoy los sujetos que nos demandan atención, con “sus partes psicóticas, sus escudos narcisistas, sus self grandiosos, su pensamiento operatorio y sus defectos alexitímicos [...] parecen muy diferentes de los ‘clásicos neuróticos’ de la *belle époque*” (McDougall, 1987).

Por otra parte, el psicoanálisis, como cualquier otra práctica social, varía de acuerdo con los distintos contextos sociales en los que se desenvuelve. Tomemos como ejemplo lo que sucedía hace años con respecto al cobro de los honorarios cuando el

paciente tomaba sus vacaciones en un momento diferente que su analista. Podemos dar distintas explicaciones y racionalizaciones en relación con este tipo particular de “cautiverio”. Tengo mis dudas de que esto pueda explicarse como una práctica derivada de alguna teoría. Creo que en ese momento la demanda de psicoanálisis era muy pronunciada y paralelamente había muchos menos psicoanalistas, por lo cual se había instituido una práctica más ligada al contexto que a la teoría. ¿A quien se le ocurriría poner en práctica o solicitar esta modalidad de atención en la actualidad? Probablemente algunos aún puedan imponérselas a colegas en análisis, pero dudo que se pueda materializar con pacientes que no pertenezcan al mundo psi.

Han cambiado los contextos epistemológicos y socioculturales, los que funcionan como marcos que delimitan las diferentes explicaciones. Ahora estamos inclinados a incluir modelos que contemplen los aspectos subjetivos, y en nuestra disciplina, específicamente los intersubjetivos.

La tarea que se nos impone es tratar de abrir, articular y dinamizar, diversas perspectivas que puedan dar cuenta de los nuevos problemas e interrogantes. En el mundo contemporáneo hay una impronta implícita en la cultura que “desacredita” el mundo interior (el de los afectos y emociones) a cambio de “acreditar” el mundo exterior, el de lo que se ve. Es muy frecuente escuchar que se dejó de lado el discurso de las profundidades y ocupa su lugar el de las superficies. Que el sujeto alienado, víctima de la represión, fue cediendo lugar al sujeto fragmentado, asociado más a la idea de escisión. En el modelo de las profundidades se piensa en términos de historia, de un proceso que implica la noción de tiempo. En el de las superficies impacta más el espacio, el lugar, o, como dice Augé (1996), el “no lugar” (ver Lerner, 2000).

Los psicoanalistas estamos formados en la concepción diacrónica del sujeto, mientras que el mundo actual nos enfrenta con una concepción sincrónica, la del suceso, la de lo actual e inmediato. En los comienzos de nuestra disciplina se pensaba más en términos de conflictos, incluidos los conflictos afectivos. Hoy es habitual que pensemos en función de lo que falta, de lo que no está. Con relación a esto, Kohut (1984) afirma:

“En contraste con la estructura de personalidad de los pacientes de fin de siglo, cuyo examen llevó a Freud a concebir una psique dicotomizada y más tarde a hablar de conflicto estructural, la organización de la personalidad prevaleciente en nuestro tiempo

no está tipificada por la simple escisión horizontal que provoca la represión. La psique del hombre moderno, aquella que describieron Kafka, Proust y Joyce, está debilitada, fragmentada en múltiples partes (escindida verticalmente) y carente de armonía. De ello se desprende que no podremos comprender en forma adecuada a nuestros pacientes y explicarnos lo que a ellos les ocurre, si pretendemos hacerlo con la ayuda de un modelo de conflictos inconscientes no apto para ello.

Para sintetizar mi punto de vista: La concepción científica de Freud –las elecciones que hizo al efectuar sus observaciones, y la naturaleza de sus teorías– no sólo fueron fuertemente influidas por su personalidad, sino que además derivan de que era un hombre de su época”.

Los autores de este libro somos psicoanalistas que desde una perspectiva teórica podríamos ser considerados heterogéneos, mientras que desde una perspectiva clínica se nos podría clasificar como un grupo homogéneo. Nos interesa la clínica, los pacientes, ayudar, curar cuando se puede, convertir el padecimiento en “infortunio ordinario”. (FREUD, 1895) . Nuestro proyecto psicoanalítico se centra en la clínica y a partir de ella nos zambullimos también en la teoría con pasión para volver a nuestra práctica; digamos que somos, al decir de Bateson, “circularistas”. Nuestro proyecto se aleja con violencia de un psicoanálisis “puramente teórico” que nos aparte tanto de nuestros pacientes como de nuestro contexto.

Proponemos repensar continuamente nuestra práctica y de esa manera ponemos a “trabajar” nuestras teorías. Ya pasó –afortunadamente– la época “de oro” en que los psicoanalistas no acostubrábamos a replantearnos la práctica. Ya pasó el tiempo tranquilo en que el solo hecho de pertenecer a una institución, haber estudiado un poco y tener un diván nos colocaba en posición de psicoanalistas con un gran porcentaje de pacientes cuasi-cautivos, los cuasi-colegas a que aludía Puget. Cada vez hay menos cuasi-colegas y menos pacientes que se presten al cautiverio. Hoy la práctica nos exige pensar mucho acerca de ella, nada está dado y mucho menos para siempre.

Sé que me estoy deslizando imperceptiblemente hacia el terreno de lo que se conoce como lo vocacional, y antes de proseguir con mi propio discurso intercalo unos párrafos de Ulloa (2003) que ya estoy haciendo míos: “Tal vez por sostenerme en lo que por arduo muchas veces queda en intención, con alguna reiteración expreso la idea de

que un oficio es una manera de vivir, una forma de ser lo que se hace, pero también un intento, para bien o lo contrario, de hacer según lo que se cree ser; y esto sin desconocer que la creencia, en especial sobre nosotros mismos, es la materia del delirio. ¿Acaso una vocación, que de esto estoy hablando, no supone una cierta forma de pasión y sus consecuencias, que pueden aproximar la utopía, esa pariente noble del delirio?”

Probablemente la respuesta a la disminución de la vocación, tal cual yo lo veo, de abrazar la profesión de analistas se relacione a que en la actualidad no promete una salida laboral segura, ni la mirada social devuelve una imagen tan prestigiosa como la que nos otorgaba hace no tanto tiempo.

Hoy ser psicoanalistas no nos coloca, en el imaginario social, en el lugar de prestigio y poder del que todo lo conoce. Cada vez más nos fuimos trasladando al territorio que ocupan los trabajadores de la salud mental, el que ocupan todos aquellos que indagan sobre el padecimiento humano, los que se preguntan sobre el hombre. Hemos dejado de ser “especiales”.

Las vocaciones, como sabemos, surgen de una combinatoria de factores difícil de enumerar. En ámbitos académicos de Estados Unidos y Europa muchos se están planteando acerca de la perdurabilidad de la vocación y algunos concluyen que resulta difícil mantener viva para siempre esa elección que se hizo siendo muy joven. Agreguemos que en dichos ámbitos esos planteos pueden ser seguidos de un cambio profesional, en esos lugares la movilidad social es posible. En nuestro país no sucede lo mismo; muchas veces la vocación desaparece pero igualmente hay que seguir “atado a la profesión”.

Con el psicoanálisis ocurre algo semejante. Elegir esta “profesión imposible” como decía Freud, no presupone un contrato irrevocable. Deberíamos repreguntarnos asiduamente acerca de nuestra identidad y sentir, en el caso en que así fuese, que la volveríamos a reelegir. Ser psicoanalistas presupone un compromiso constante con el estudio de las nuevas ideas que van surgiendo, y no sólo las de nuestro campo sino también, y especialmente, las vinculadas con todo aquello de lo que nos hace partícipes la contemporaneidad. Si somos capaces de soportar el embate violento que las ideas nuevas producen en el equilibrio y calma que armamos dentro de nuestro quehacer y decir psicoanalítico, si lo soportamos pero no para seguir obsesivamente adheridos a lo sabido sino permitiendo que lo nuevo nos atravesara y ejerza un efecto poético y recursivo sobre lo que ya teníamos armado, entonces estaremos reeligiendo nuestra

vocación psicoanalítica. Si sucede todo eso, no permaneceremos “atados a la profesión”, la recrearemos y redescubriremos. Lo contrario nos llevaría a ser meros administradores de algunas ideas y de algunas interpretaciones sobre el sujeto. Desde esta perspectiva, es un imperativo revincularnos con nuestras vocaciones para sentirlas vivas y no portadoras de repeticiones aprendidas. Esto sería, según Ulloa, seguir detrás de utopías.

Cuando digo aceptar ideas nuevas, incluyo la apertura para aceptar como inevitable y positivo un posicionamiento diferente respecto de los cambios teóricos. Najmanovich (1998) nos dice que recién en los últimos tiempos se empezó a pensar que los cambios en las teorías están íntimamente relacionados con los cambios en los modos de vida, las prácticas profesionales y los modos institucionales. Y añade que: “Sólo en los últimos años estamos empezando a abandonar la vieja senda platónica que hace de las teorías entelequias en un mundo puro: *el paraíso de las ideas*, allí donde nada cambia, donde nada se descompone, donde nada muere... pero tampoco nada puede llegar a vivir”. Continúa diciendo con justeza que en el paraíso se prohíbe el conocimiento, que si el hombre prueba el fruto quedará expulsado de “un mundo sin conflictos, pero sin pasión y sin sabiduría”, y con la esperanza de que si se vuelve a ese estado de “pureza indiferenciada” se entrará en un terreno de “*razón pura*, desapasionada, desobjetivada”, unido a un mundo objetivo. Esta ilusión es la esencia del proyecto científico de la modernidad, un proyecto “que en nombre de la pureza, y esperando a alcanzar el paraíso de la verdad, eliminó al sujeto del mundo del conocimiento, y dividió al mundo en compartimientos estancos, claramente delimitados y disciplinados”.

Hay personas, nos dirá esta autora, que suponen la existencia de una sola verdad, que en general es la propia; creen que “su voz es la voz de los hechos” y a partir de ahí se cierran a lo nuevo y se atrincheran en sus certezas, actuando éstas como fronteras rígidas que impiden la entrada a cualquier “disidencia (diferencia o novedad)”.

Si abrimos las fronteras y evitamos el encierro solipsista que nos hace creer que somos portadores de “la verdad”, deberemos aceptar que no existe ninguna perspectiva que dé cuenta de todo, que contenga todas las respuestas. Esta postura nos llevará a tolerar la incertidumbre y, al aceptar que no hay una sola respuesta, nos empujará a interrogarnos e indagar constantemente sobre lo que hacemos. <sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> En otro trabajo (Lerner, 1998) señalé que, en lugar de ser una búsqueda de la verdad, nuestro trabajo intenta que cambie la cualidad afectiva de una narración. Muchas veces una narración nos parece diferente cuando en realidad lo

Dentro de esta constante indagación a la que apunto, preguntarnos cómo practicamos hoy el psicoanálisis debería ocupar un lugar central. Y preguntarnos por la práctica, por la clínica, nos lleva a preguntarnos por las teorías que manejamos y cómo las aplicamos. Verificar si lo que hacemos se correlaciona con lo que estudiamos –y que sirve de apoyo a nuestra identidad profesional– es una tarea insoslayable. Debemos practicar este ejercicio con honestidad intelectual, aun a costa de que nos enfrente con las más tremendas contradicciones. Tengamos paciencia, porque de la contradicción saldrá algún resultado, aunque muchas veces ese resultado nos sorprenda.

## BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. (1996) *Los "no lugares"*, Gedisa, Barcelona.
- Aulagnier, P. (1984) “Los dos principios del funcionamiento identificador: permanencia y cambio”, en L. Hornstein, comp., *Cuerpo, historia, interpretación*, Paidós, 1991.
- Balint, M. (1968) *The Basic Fault: Therapeutic Aspects of Regression*, Londres, Tavistock Publications
- Bollas, C. (1987) *The shadow of the object: Psychoanalysis of the unthought known*, Free Association Books. (Hay versión castellana de Paidós).
- Castoriadis, C. (1993) *La constitución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores, Barcelona, 1993.
- Diccionario Espasa Calpe* (2001), en [www.diccionarios.elmundo.es](http://www.diccionarios.elmundo.es), 2003.
- Freud, S. (1895) *Estudios sobre la histeria*, en *Obras Completas*. vol. II, pag.309. Amorrortu, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1930 (1929]) *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires.
- Hornstein, H. (2003) *Intersubjetividad y clínica*, Paidós, Buenos Aires, pág. 11.

---

que ha cambiado es su cualidad afectiva. El vínculo analítico posibilita cambiar las narraciones. El proceso analítico no se desarrolla para llegar a una verdad, sino para intentar construir esas nuevas narraciones que darán una perspectiva diferente a la historia que trae el paciente.

- Kohut, H. (1984) *¿Como cura el análisis?*, Paidós, Buenos Aires, pág. 98.
- Lerner, H. (1998) “Afectos, afecciones, afectaciones”, *Psicoanálisis*, Vol. XX, No. 3, 1998.
- Najmanovich, D. (1998) “Interdisciplina: riesgos y beneficios del arte dialógico”, TRAMAS, publicación de la Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Tomo IV, N° 4, agosto de 1998.
- \_\_\_\_\_ (2001) “Dinámica vincular: territorios creados en el juego”, *Psicoanálisis de las configuraciones vinculares*, N° XXIV-2, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2002) Comunicación personal.
- \_\_\_\_\_ (2003) Comunicación personal.
- McDougall, J. (1987) *Teatros de la mente*, Tecnipublicaciones S.A., Madrid, pág. 206.
- Puget, J. (1991) “Entrevistando a psicoanalistas”, entrevista realizada por M.Spivacow, *Psicoanálisis*, vol. XIII, No. 2, 1991, págs. 400-402, Buenos Aires.
- Steiner, G. (1974) *Nostalgia del absoluto*\_Ed. Siruela, Madrid, (2001)
- Stolkiner, A. (1987) *El niño y la escuela*, Nora Elichiry (comp.), Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Ulloa, F. (2003) “De ocasiones y vocaciones”, en Carlos Altschul, *Estar de paso*, Granica, Buenos Aires.
- Wallestein, R. (1988) *¿Un psicoanálisis o muchos?*, Libro Anual de Psicoanálisis, Imago.
- Winnicott, D. (1971) *Realidad y juego*, Granica, Buenos Aires.
- Yerushalmi, Y. (1998) “Reflexiones sobre el olvido” en *Usos del olvido*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.